

Con los indigentes de París

Los naufragos

Patrick Declerck

Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2006, 335 pp.

Hay libros que se la juegan en el título, y éste es uno de ellos. Naufragos: una metáfora poderosísima que se refiere a los indigentes, a los excluidos, marginales o mendigos, a "esos exiliados con los que nos encontramos frecuentemente, que perturban nuestra mirada y suscitan nuestros fantasmas", como los describe el propio autor. En la edición original francesa (el libro apareció en 2001 en la colección "Terre humaine") se subtitula "Avec les clochards de París", para evitar confusiones; pero en la española (también cuidadísima, traducida con esmero por Julián Mateo), los editores han preferido dejar desnuda la metáfora. Texto absolutamente sincero, ya desde su primera página nos deja algunas declaraciones sorprendentes: "Me he ocupado de los indigentes en la calle, en los centros de alojamiento, en el hospital. He estado a su lado mientras se encontraban borrachos, vociferando o comatosos por el alcohol, desencajados de rabia e impotencia. Los he visto obscenos, incontinentes, hundidos, con la bragueta abierta... A menudo he tenido que luchar contra las náuseas que provocaba su olor. He ayudado a cuidarlos. Creo haber aliviado a más de uno. Sé que no he curado a ninguno". Un libro sincero, decíamos. Ahora añadimos: muy duro.

Permite conocer desde dentro algo del mundo y de la vida de los vagabundos de París a lo largo de 18 capítulos, un epílogo, tres anexos y dos cartas, además de una selecta bibliografía y un puñado de notas. Los capítulos son de diverso tipo. La mayor parte, reunidos bajo el epígrafe "Rutas", son de carácter fundamentalmente literario. Algunos de ellos presentan los testimonios de los indigentes en su propia voz, mediante la transcripción de las entrevistas que mantuvieron con Declerck. Conversaciones "abisales" ("momentos de seres vivos cogidos entre la locura y el vacío"), donde se extiende como en *collage* una papilla mental tan magnética como difícil de entender, que sólo los comentarios del autor ayudan a resituar y sugieren explicaciones de alguna coherencia. Otros capítulos son relatos de los estremecedores episodios de la vida cotidiana de otra selección de *clochards*. Michel, Francis B, Abel, Raymond, Paul, Marc P., cuentan sus historias y el autor les deja hablar. Uno nos ofrece su "pequeña obra maestra de apragmatismo"; otro se presenta a sí mismo "borracho de sueño"; un tercero dice tener "la impresión de que la gente - toda la sociedad a mi alrededor- sabe cosas que yo no sé"; y otro más asegura "que hay muchos suicidios debidos a la timidez".

Los periodos largos dedicados al trato con los indigentes acaban necesariamente contaminando. "Tener mucho trato con la degradación actúa como un veneno": la realidad común se aleja "como se retira la marea", y acabas quedando solo en la playa desierta, sin enterarte. La relación de Declerck con los naufragos fue tan continuada e intensa, duró tanto tiempo, que no es extraño que unos cuantos capítulos del libro se dediquen a episodios autobiográficos relacionados con el discurso general. En ellos se habla de la experiencia personal de la pobreza, de la miseria de la medicina, las dudas sobre su trabajo, las estancias en albergues de mendigos donde el autor vivió algunos días disfrazado como si fuera uno de ellos. La forma de escribir de Declerck también es peculiar. Todo intensidad, lo presenta acompañado (cuajado, podríamos decir) de metáforas e imágenes, con muchos puntos suspensivos. "Más allá de la miseria, está la indigencia que es como la locura de la miseria", dice alguna vez. "Una ebriedad de la nada", señala más adelante. Y también: "Todo él envuelto en

un pesado silencio... el de los atardeceres de Waterloo y de todas las batallas perdidas".

Un par de capítulos finales, englobados bajo el título "Cartas", son más sistemáticos, de carácter científico, e intentan explicar la compleja etiología de una población "innombrable", que escapa a cualquier intento de aprehensión clara; y exponer la función asilar en nuestro tiempo. Su juicio es muy duro con los centros de alojamiento y con las prácticas institucionales en que se justifican y organizan. Finalmente, los anexos se refieren al Centro de acogida de Nanterre, las estadísticas de pobreza y la epidemiología médica y psiquiátrica. Y se incluye, al final del libro, una carta de Jean Malaurie, el director de Terre Humaine, a Patrick Declerck y la respuesta de éste. Del epílogo, por último, no puede decirse nada: hay que leerlo.

Patrick Declerck, el peculiar autor, es filósofo, antropólogo (de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*) y psicoanalista (*Société Psychanalytique* de Paris). Nació en Bruselas en 1953. De 1982 a 1985 trabajó como etnógrafo y ayudante de investigación en la *Maison des Sciences de l'homme*. Los dos años siguientes fue psicoanalista de la *Mission France* de Médicos del mundo, y creó la primera consulta de escucha de los "sin techo". Desde 1988 a 1997 estuvo trabajando como consultor en el Centro de Acogida de Nanterre, donde realizó en torno a 2000 entrevistas y 5000 consultas. Posteriormente dedicó tres años a escribir *Les naufragés*; y desde entonces se ha centrado únicamente en la escritura. Su obra gira básicamente en torno a las cuestiones planteadas en (o sugeridas por) este libro seminal. Cuatro años después de salir a la luz la edición francesa publicó sobre el mismo tema un violento y radical librito, que él mismo lo considera como un "panfleto", titulado *Le sang nouveau est arrivé* ("Llegó sangre nueva", Gallimard, 2005), donde se explaya a conciencia sobre asuntos que en nuestro libro están más contenidos.

No sólo escribe desde entonces sobre la desocialización, la errancia y el alcoholismo, sino que también ha derivado hacia textos (muchos textos, está muy activo) de tintes anarquistas y antirreligiosos. Se veía venir. Cuando la madre de Abel (uno de los personajes de *Los naufragos*) solloza al ver el estado en que encuentra a su hijo y dice: "Dios mío, qué horror", Declerck advierte: "Dios, por su parte, como de costumbre, no dijo nada". Y esta línea antirreligiosa que discurre bajo muchos de los comentarios de *Los naufragos*, la ha llevado después más lejos y expuesto sin contemplaciones. Ha llegado a calificar el cristianismo como "lepra de occidente" que "corrompe con su aliento fétido, sus dedos podridos, todo lo que toca". Y ha escrito en *Le Monde* (11 de agosto de 2004) un artículo de opinión sobre el islam de título más que expresivo: "Odio al islam, entre otras...". Así, con sus puntos suspensivos en el título.

Pero su gran enemigo son los buenos sentimientos. Ese "humanismo atontado" que considera que el medio millón de personas que viven en Francia gravitando "alrededor de ese agujero negro que es la calle" lo hacen porque les gusta, por su libre elección. Critica ese humanismo bienpensante y complaciente, que considera necesario para el buen orden social que la vida de los indigentes sea "estructuralmente difícil. Es preciso que tengan que pagar por su `elección` (porque) hay que mantener a toda costa la ilusión de que fuera de la sociedad, de la normalidad, no existe ninguna alternativa viable, ningún arreglo serio. Serio, ésa es la palabra". Lo decimos así, tranquilamente, sin saber nada de ellos, nada de su vida, sin tener ni idea de cómo es la supervivencia en la calle. Se pregunta: "¿Nos hemos parado a pensar en los problemas, sin ir más lejos, que tienen para defecar?" Nos dice: "Dormir en la calle es una experiencia aterradora".

Finalmente, todo remite al discurso clásico de lo limpio y lo sucio. "Los indomiciliados, residuos del cuerpo social, son su deshonra y mancillan su espacio". Su sola vista es inoportuna, y frente a "esta plaga híbrida que vehicula un compuesto de angustia por la seguridad y de inconveniencia estética, es importante `limpiar' el espacio". ¿Es esta nuestra idea de la fraternidad? "La normalidad está sin salida", escribió en 2005. "Y detrás -continuaba- de nuestras benévolas democracias se esconde una totalitaria obligación: el ciudadano será productivo o, lenta y pasivamente, sin ruido, será liquidado." En cualquier caso, se compartan o no sus radicales puntos de vista, la información que *Los naufragos* aporta y su estructura abierta lo hacen especialmente útil y fecundo, donde cualquier espigador tendrá garantizado un buen manojito de verdadero conocimiento, lejos de esas predecibles extensiones de lo que ya sabemos o creemos saber.

Manuel Saravia Madrigal